

El Liderazgo de la Iglesia Según las Escrituras

Este extenso artículo (quizás podría considerarse un ensayo) es el primero de una serie de artículos que pretende abordar la *eclesiología bíblica*, es decir, la doctrina de la iglesia según la Biblia. Sabemos que la iglesia es el cuerpo de Cristo, el conjunto de los santos de todos los tiempos. Esto es lo que algunos teólogos llaman la “iglesia universal”. Sin embargo, la iglesia universal se ve imposibilitada de reunirse en un solo lugar porque se encuentra dispersa por todo el mundo. Por lo tanto, los creyentes de distintas localidades (lugares) conforman “iglesias locales”. La iglesia local está formada por todos los creyentes en Cristo de un determinado lugar o región, que trabajan juntos por el avance de Su Reino. Partiendo de esta base, ¿Quiénes deben liderarla? ¿Cómo deben hacerlo? ¿Qué clase de autoridad tienen dichos líderes? ¿Pueden ser cuestionados? ¿Qué clase de obediencia se les debe? ¿Es la ordenación pastoral un acto mágico que embiste de autoridad a una persona? ¿Acaso ser pastor es tener un título, o es más bien una función? Trataremos de abordar estas preguntas a lo largo de este primer artículo.

Definiendo la Autoridad

En primer lugar, necesitamos definir qué es la autoridad. A menudo, el concepto de autoridad está estrechamente ligado al poder. Es así que muchas veces “poder” y “autoridad” se usan de manera intercambiable, como si fueran sinónimos. El diccionario, por ejemplo, define autoridad como: ‘*facultad o derecho de mandar o gobernar a personas que están subordinadas.*’ Otra definición que encontré dice: ‘*es el derecho de mandar, de decidir, de tomar decisiones, dar órdenes, o dirigir conflictos, que ostenta una persona.*’ Fíjese las palabras que he resaltado, todas están denotan que aquella persona que tiene “autoridad” es la que debe dar las órdenes, tomar las decisiones y resolver los conflictos. En otras palabras, posee el *monopolio* del gobierno (es la única que puede gobernar), mientras que el resto de las personas que están bajo dicha autoridad se encuentran en una posición pasiva, subordinadas e incapaces de gobernar (dirigir) sus propias vidas. La presuposición de esta perspectiva es que el individuo que se encuentra “bajo autoridad” no puede gobernarse a sí mismo, *necesita que otros lo gobiernen y le digan qué hacer.*

Este modelo de autoridad tiene como consecuencia la creación de un orden fijo, jerárquico y piramidal. Hay algunos que están arriba (los que tienen autoridad) mientras que otros están abajo (los subordinados). Los dos grupos tienen distintos derechos, privilegios y responsabilidades. Pueden incluso establecerse distintas “cadenas de mando”, donde hay diferentes eslabones de autoridad, desde la cima hasta la base. Así, por ejemplo, en el caso de una iglesia “cristiana”, encontramos al “apóstol” en la cima, algunos “profetas” debajo, seguido de otros “obispos”, otro eslabón de “pastores”, luego los “líderes”, y finalmente el resto de la congregación. Algunos otros casos son más sutiles y sólo tienen dos niveles: “pastores” y “miembros”. Otros – especialmente en círculos reformados – creen en un “mayor entre iguales” (el pastor principal) que tiene mayor jerarquía. Luego le siguen el resto de los pastores y finalmente los demás miembros de la iglesia.

Dicha estructura piramidal tiene carácter estático, ya que *la autoridad es vista como una posición fija*, no como una función. Por lo tanto, aquellos que están embestidos de autoridad *no pierden la autoridad*, aún si gobiernan mal, toman malas decisiones o resuelven los conflictos de manera equivocada. **No pueden perder la autoridad porque justamente a ellos les fue confiado el poder** para desempeñar dichas funciones. Aunque desempeñen mal sus funciones, su posición prevalece. Por supuesto que si son denunciados ante sus superiores (otros más arriba en la cadena de mando) o los subordinados se rebelan, en ese caso es posible que dicha persona sea quitada de ese “puesto” o “posición”. No obstante, tarde o temprano, otros tomarán su lugar. Por otra parte, según la enseñanza presuntamente “cristiana” de la *autoridad y la sumisión*, la única responsabilidad de los subordinados es obedecer, el mero cuestionamiento de la autoridad es “rebeldía”, y si bien usted es responsable ante sus “líderes”, ellos son solo responsables “ante Dios”.

Hay muchísimo más que añadir respecto de esto, y seguramente usted ya tiene varias preguntas; sin embargo, ¿es compatible esta visión de autoridad con la enseñanza de las Escrituras? Para responder esto hay que ir bastante hacia atrás, al comienzo de todo: Génesis.

La Jerarquía Bíblica: Una Pirámide de Tres Niveles

El problema con la concepción de autoridad que mencionamos anteriormente – fija, jerárquica y piramidal – es que no debería existir entre los seres humanos. En Génesis 1:26-28 se nos dice:

creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sojuzgadla; ejerced dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra.

Aquí se nos enseña que Dios – el Creador de la Humanidad – creó al hombre y a la mujer, y les mandó que *ejercieran dominio* sobre la creación. Esto nos muestra que sí hay un orden jerárquico, fijo y piramidal, pero no entre los seres humanos.



Esta es la única línea de comando que debería existir. Dios está en la cima de la pirámide, siendo el Único que posee Autoridad Absoluta. Luego, siguen el hombre y la mujer, y finalmente, el resto de la creación. Al llevar la imagen de Dios, los seres humanos somos distintos y superiores al resto del mundo creado (Salmo 8:4-8). Sin embargo, no somos iguales a Dios y es vital que mantengamos esa distinción clara. Podemos, y debemos gobernar la creación, pero no como nos parece a nosotros, sino según la guía y dirección de Dios revelada en Su Palabra (Josué 1:7-8; 23:6). Jamás debemos perder de vista que Él es la Autoridad Final y el Único cuya Palabra es Incuestionable (2 Crónicas 20:6; Isaías 14:27; 45:9; Daniel 4:35).

En consecuencia, ***la dominación del hombre sobre sus semejantes es un pecado***. A Adán no se le dice que ejerza dominio sobre Eva, ni tampoco a

Eva que ejerza dominio sobre Adán. A ambos se les dice que *ejerzan dominio* sobre el mundo, no el uno sobre el otro. Ellos llevan la imagen de Dios y no deben imponer su voluntad al otro. El Señor dejó en claro en Génesis 3:16 que, como consecuencia de la rebelión de Adán y Eva, el hombre intentaría dominar a la mujer, y viceversa. De allí en adelante, la Biblia muestra numerosos casos de dominación y prohibiciones contra ella:

- Levítico 26:17 – Dios advierte que, si Israel no le obedece, sus enemigos los *dominarían*.
- Levítico 25:43, 53 – Dios prohíbe que los israelitas *dominen* a sus siervos.
- Ezequiel 34:4 – Dios condena a los israelitas por haber *dominado* a los más vulnerables.
- Ezequiel 29:15 – Dios castiga a Egipto por *dominar* a otras naciones.
- Isaías 14:3-6 – Dios castiga a Babilonia por *dominar* a otras naciones.
- Jeremías 5:30-31 – Dios reprende a los sacerdotes por *dominar* al pueblo.

Esto nos lleva a la conclusión de que – entre los seres humanos – la autoridad no es una posición fija que amerita obediencia incuestionable. No obstante, alguno podría decir: “si es una posición fija, pero es cuestionable”. Sin embargo, eso sería una contradicción ya que aquello que es fijo es “estable o permanente y no está expuesto a cambios o alteraciones.” *Si es cuestionable, entonces no puede ser fijo, porque algo fijo no admite la posibilidad del cambio.*

La pregunta entonces sería, ¿qué clase de autoridad existe o debería existir entre los seres humanos? Si no se trata de posiciones fijas y estructuras piramidales, ¿de qué se trata?

La Autoridad de Jesús – única y, a la vez, digna de ser imitada

Jesucristo es Dios, por lo tanto, es único en el universo. Pero no solo esto, a fin de redimir al mundo, Él adquirió una naturaleza humana. Según Filipenses 2:6-8,

(...) aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y

hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Ponga atención a las palabras resaltadas. Jesucristo no se aferró a su jerarquía divina para imponerse ante los hombres, se despojó a sí mismo para venir a servirlos. Él se humilló y lo hizo en obediencia a Dios. ¿Qué sucedió luego? ¿Acaso terminó todo en la cruz?

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le confirió el nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2:9-11).

Hay numerosos textos de las Escrituras que enseñan esta misma verdad. Por ejemplo, Mateo 28:18 nos dice que Él recibió toda autoridad en el cielo y en la tierra. Así, el ejemplo de Jesucristo nos enseña que ***el camino a la autoridad es el servicio***. Sin embargo, ahora que Él posee toda autoridad, ¿ha dejado de servir? Antes de contestar esta pregunta, me gustaría definir la palabra *servicio*: “es un trabajo, obra o acción en subordinación a Dios y en beneficio de otra persona.” En este sentido, nuestro Señor – quien posee toda autoridad – sirve a Dios y al prójimo, entre otras cosas, al:

- Sostener el universo (Colosenses 1:17; Hebreos 1:3)
- Interceder por los santos (Hebreos 7:25; 1 Juan 2:1)
- Avanzar Su Reino de Justicia y Paz (Isaías 9:7; 42:1-4)

Por supuesto, hay paralelos que no podemos trazar entre nuestro Señor y nosotros porque Jesucristo es, al mismo tiempo, Dios y hombre. Por lo tanto, Él posee autoridad como el Creador Soberano y también como el Salvador Prometido. No obstante, deberíamos reflexionar al respecto. *Si Él estuvo dispuesto a servir, ¿cuánto más nosotros?*

En Mateo 20:25-28 encontramos un diálogo muy interesante entre Jesús y sus discípulos:

Pero Jesús, llamándolos junto a sí, dijo: Sabéis que los gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos, y que los grandes ejercen autoridad sobre ellos. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera entre vosotros llegar a ser grande, será vuestro servidor, y el que quiera entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo; así

como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.

El Señor contrastó el liderazgo pagano con el liderazgo cristiano. El primero está basado en el poder, el segundo en el servicio. La palabra traducida como “enseñorearse” significa “ejercer dominio” o “dominar”. De hecho, es la misma palabra usada en Hechos 19:16 para referirse al endemoniado que se lanzó sobre los exorcistas judíos y los *dominó*, dejándolos desnudos y heridos. Es una palabra que denota violencia y dominación. Por otra parte, la palabra “ejercen autoridad” significa “ejercer poder presionando hacia abajo”, por lo que indica opresión.

En contraste con este liderazgo violento y opresivo, el Señor llama a sus discípulos a ser servidores (*diakonos*) y siervos (*doulos*). La primera significa “sirviente” y la segunda “esclavo”. ¿Cree usted que estos líderes “sirvientes y esclavos” están a cargo de dar órdenes, tomar decisiones y resolver conflictos? Para la audiencia de Jesús, ciertamente no sonó así, puesto que no es lo que hacían los sirvientes ni los esclavos. Su característica primordial era *servir*, y ese es el distintivo cristiano que Jesús quiso dejar impreso en sus seguidores, especialmente en aquellos que aspiran al liderazgo.

¿Cómo justifica nuestro Señor este modelo de autoridad basado en el servicio? Con su propio ejemplo. Él no vino a ser servido, Él no vino a demandar que los demás estén a sus órdenes mientras Él descansaba. El derribo todos los estereotipos de lo que significaba ser un rey. El vino como un rey que reina a través del servicio. El pasaje paralelo de Lucas 22:27 añade:

Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve?
¿No lo es el que se sienta a la mesa? Sin embargo, entre vosotros yo soy como el que sirve.

El ejemplo de nuestro Señor es un sello que confirma, valida y reviste de autoridad sus palabras. Él es el ejemplo de servicio por excelencia.

El Liderazgo de los que sirven

El modelo de liderazgo basado en el servicio no es único del Señor Jesucristo. También lo encontramos en las epístolas de Pablo. En 1 Corintios 16:15-18 encontramos las siguientes palabras:

Os exhorto, hermanos (ya conocéis a los de la casa de Estéfanos, que fueron los primeros convertidos de Acaya, y que se han dedicado al servicio de los santos), que también vosotros estéis en sujeción a los que son como ellos, y a todo el que ayuda en la obra y trabaja. Y me regocijo por la venida de Estéfanos, de Fortunato y de Acaico, pues ellos han suplido lo que faltaba de vuestra parte. Porque ellos han recreado mi espíritu y el vuestro. Por tanto, reconoced a tales personas.

¿A quiénes debían reconocer los Corintios? ¿A quiénes debían “sujetarse”? A los que sirven, ayudan en la obra y trabajan. A personas productivas, que usan su tiempo, dones y dinero para el avance del Reino de Dios. A personas que se dan a sí mismas por el bien del otro, no que demandan que los demás les den a ellos. ¿Puede ver el énfasis? Pablo no le manda a los de la casa de Estéfanos que demanden la sujeción o busquen el reconocimiento de los corintios. Pablo le manda a los corintios, apelando a su discreción, a que reconozcan – no solo a los de la casa de Estéfanos – sino a todos aquellos que imitan su ejemplo. Es decir, ellos debían primero evaluar el ejemplo de los potenciales “líderes”, juzgar su conducta, y luego – si los consideran dignos de ser imitados – seguirlos. ***El juicio individual precede a la sumisión.***

En 1 Tesalonicenses 5:12-13 encontramos un mandato similar:

Pero os rogamus hermanos, que reconozcáis a los que con diligencia trabajan entre vosotros, y os dirigen en el Señor y os instruyen, y que los tengáis en muy alta estima con amor, por causa de su trabajo.

¿A quiénes debían reconocer los tesalonicenses? ¿A quiénes debían tener en muy alta estima? Pablo no menciona nombres, puestos ni posiciones. Él habla de personas que cumplen funciones: trabajar, dirigir, instruir. Y hacia el final lo vuelve a recalcar: *por causa de su trabajo*.

Alguno podría objetar “allí habla de dirigir, al parecer, los líderes eran los que tomaban las decisiones”. Echemos un vistazo a la palabra utilizada para ver si dicha objeción es válida. La misma es *proistemi* y está compuesta por *pro* (antes) e *histemi* (estar de pie, permanecer firme). En otras palabras, los líderes son los primeros en ponerse en pie y estar firmes. Son aquellos que toman la iniciativa y lo hacen *antes* que el resto, de manera tal que impactan a otros positivamente con su ejemplo.

Conlleva la idea de una persona con *trayectoria*, que es respetada por la reputación que se ha ganado. De hecho, un derivado de esta palabra (*prostatis*) es utilizado en Romanos 16:2 para referirse a una mujer que había *prostatis* (ayudado) a Pablo y a muchos. Este ejemplo es tan interesante que es oportuno profundizar un poco. Veamos el texto y luego comentaré su traducción.

Os recomiendo a nuestra hermana Febe, diaconisa de la iglesia en Cencrea; que la recibáis en el Señor de una manera digna de los santos, y que la ayudéis en cualquier asunto en que ella necesite de vosotros, porque ella también ha ayudado [*prostatis*] a muchos y aun a mí mismo. (Romanos 16:1-2)

Si bien *prostatis* es traducida como verbo (ayudar), en realidad es un sustantivo y literalmente significa “patrona, protectora o patrocinadora”. Es decir, denota la idea de alguien que apoya, patrocina, protege y da cobijo a otros. Claramente se refiere a un rol de servicio, y, por lo tanto, de autoridad. Y lo más extraordinario de esto es que Febe era la *patrona* de Pablo, un apóstol de Jesucristo. ¿Cómo refutan este texto los “patriarcalistas” modernos que están empeñados con la sumisión de la mujer? Curiosamente, son los mismos que insisten en la sumisión de los miembros a sus pastores.

Sin irnos por las ramas, volvamos a *proistemi*. Esta palabra, traducida a menudo como dirigir o gobernar, más bien indica “*ocuparse de [algo o alguien] con atención y diligencia.*” Es usada en Tito 3:8 y 3:14 para referirse a los cristianos, llamándolos a *ocuparse* en buenas obras. Tito 3:14 añade:

Y que nuestro pueblo aprenda a ocuparse en buenas obras, ***atendiendo a las necesidades apremiantes***, para que no estén sin fruto.

¿Cómo debían los cristianos ocuparse en buenas obras? Atendiendo a las necesidades, no mandoneando a otros. Por lo tanto, el texto de 1 Tesalonicenses 5:12-13 no indica “dirigir” ni “gobernar”, sino “atender, ocuparse y tomar la iniciativa en el servicio”.

Además, nuevamente, la obediencia a este mandamiento presupone el juicio individual. Cada tesalonicense debía preguntarse, ¿quiénes están trabajando con diligencia? ¿quién me está instruyendo en el Señor?

¿quiénes están tomando la iniciativa en preocuparse por mis necesidades y las de otros? Y, entonces, reconocer el liderazgo de tales personas. Este énfasis en la función de los líderes nos permite ver que no se trata de posiciones fijas, sino *dinámicas*. Algo dinámico es algo *activo*, que tiene *movimiento*. ¿Es acaso un líder aquel que está de brazos cruzados, dando órdenes a los demás? ¿O más bien es aquel que atiende a las necesidades de su prójimo y procura servirlo? Esta concepción dinámica del liderazgo pone al líder bajo el escrutinio constante, porque cuando no sirva, *nadie lo va a seguir* – o al menos, *nadie debería seguirlo*. Dios no nos llama a seguir a personas improductivas y perezosas, sino activas y trabajadoras, que procuran el avance del Reino de Dios.

Una nota sobre la sumisión:

En nuestra cultura, *sumisión* es una palabra que posee una connotación generalmente negativa, y lastimosamente, los cristianos hemos contribuido a eso, en parte. Según el diccionario, es “*someterse sin cuestionar a la autoridad o la voluntad de otra persona.*” Otra definición dice “*aceptar la autoridad o la voluntad de otra persona, generalmente sin oponer resistencia.*” Ambas definiciones no son compatibles con la definición bíblica porque como ya hemos visto, la autoridad entre los seres humanos no es fija, sino dinámica. Por lo tanto, presupone el juicio individual, y la evaluación y el discernimiento constantes. ¿Cómo es posible que juzguemos si los “líderes” sirven si ellos no están sujetos a la crítica?

Debemos entender la sumisión a la luz de todas las Escrituras. La sumisión cristiana parte de supuestos cristianos como la igualdad jerárquica de los seres humanos, la autoridad como servicio y la libertad cristiana. No podemos pretender definirla a expensas de lo anterior. Hemos hablado de los dos primeros supuestos, veamos brevemente el tercero: la libertad. En 1 Corintios 7:23, Pablo dijo: “Comprados fuisteis por precio; no os hagáis esclavos de los hombres.” Si esto es así, ¿cómo puede el mismo Pablo pedirte que te “sometas” anulando tu juicio y libertad? Por eso, la clase de sumisión que las Escrituras requieren es libre, juiciosa y voluntaria. Si, es sumisión, y a veces, requiere *ceder*, incluso cuando no esté de acuerdo. Pero no implica siempre ceder, ni tampoco nunca pensar. Es una sumisión gozosa, porque después de todo, se está

sujetando a alguien que *usted mismo* ha reconocido y decide seguir, ¿recuerda?

Además, estos mandatos bíblicos a la sumisión están enmarcados en muchos otros mandatos como “someteos unos a otros en el temor de Cristo” (Efesios 5:21) o “nada hagáis por egoísmo o por vanagloria, sino que con actitud humilde cada uno de vosotros considere al otro como más importante que a sí mismo, no buscando cada uno sus propios intereses, sino más bien los intereses de los demás” (Filipenses 2:3-4). En otras palabras, a fin de cuentas, se supone que somos una comunidad que se caracteriza por el servicio y la sumisión mutua. *Todos buscando servirnos y, a la vez, todos dispuestos a someternos.* De hecho, así funciona la vida, ¿o no es así? Usted no posee todo el conocimiento, y yo tampoco. Por eso, vivimos en comunidad. Porque nos necesitamos mutuamente, necesitamos del servicio libre y voluntario de nuestro prójimo. Y también de su sumisión libre y voluntaria. ¿Se imagina una sociedad donde todos estén imponiendo su autoridad y nadie desee someterse? Sería un caos, porque todos creerían ser dioses. Dios no nos ha creado para que vivamos en conflicto, sino en paz; y el servicio y la sumisión son perfectas herramientas de paz. Necesitamos que haya personas que tomen iniciativas y pongan empresas y ofrezcan soluciones innovadoras a nuestros problemas, procurando servir a los demás. Pero también necesitamos confiar en dichas personas cuando nos sirven y reconocer su autoridad (su servicio). Y así es como una sociedad florece, cuando reconoce que servir y reconocer el servicio es el camino hacia la justicia social. Pero bueno, eso es tema para otro artículo. Volvamos a nuestro punto: el liderazgo.

¿Obedeced a vuestros pastores?

Uno de los textos preferidos de aquellos que argumentan una escala jerárquica fija en la iglesia es Hebreos 13:17.

Obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos, porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta. Permitidles que lo hagan con alegría y no quejándose, porque eso no sería provechoso para vosotros.

Es un texto interesante, y mi primera objeción a la “obediencia pastoral” es la traducción. En versiones como la Reina Valera 1960, la palabra

traducida aquí como *pastores* también es traducida de la misma manera en el 13:7 y 13:24. Pero, ¿sabe qué? La palabra “pastores” no está allí. De hecho, la palabra original ni siquiera es un sustantivo, es un verbo. Usted puede chequear esto en cualquier diccionario o léxico griego.

La palabra original en los tres textos en cuestión es *hegeomai* y, como dije anteriormente, es un verbo; más precisamente, un verbo en participio presente. No quiero confundirlo con esta información, sino que, en este caso, es sumamente relevante. Esto indica que la intención del autor de Hebreos fue resaltar su *función activa* – lo que estas personas hacen (tiempo presente) – en lugar de su posición fija. ¿Y qué significa este participio presente griego? Puede significar tanto *liderar y dirigir*, como *considerar, estimar, pensar o juzgar*. Debido al contexto, y si bien probablemente podría incluir también los otros significados, creo que la opción más adecuada es *liderar*. El punto, no obstante, permanece. El autor de Hebreos está enfatizando el rol, la función, el *servicio* de estas personas, no su “cargo” o posición privilegiada. Todo sería más claro si al menos se tradujera “líderes” o literalmente “los que están liderando”.

Mi segunda objeción a la “obediencia pastoral” se encuentra en un versículo cercano, el 13:7. Como ya mencionamos, también posee el mismo problema de traducción. Sin embargo, la Biblia de las Américas mejoró un poco esta traducción, y optó por “guías”:

Acordaos de vuestros *guías* que os hablaron la palabra de Dios, y considerando el resultado de su conducta, imitad su fe.

Aquí se describe la función de estos líderes, ellos les anunciaron la palabra de Dios, lo cual refuerza mi anterior punto (el énfasis está en su función, no en su cargo). Además, el autor de Hebreos no le pide a su audiencia que imite ciegamente la fe de estas personas. ¿Qué deben hacer previo a esto? Considerar su conducta. ¿Le parece familiar? El juicio individual. La conducta de estos líderes debe ser continuamente evaluada. No una vez, dos o tres. Siempre. Está en tiempo presente participio también: *considerando*.

Si llegamos al 13:17 luego de pasar por el 13:7 entenderíamos que no se requiere de los hebreos una obediencia ciega e incuestionable, sino todo lo contrario. Es más, puesto que no se refiere a un cargo sino a una función. ¿Cómo reconocerían los hebreos a sus líderes? Por su servicio. ¿Quiénes les habían anunciado la palabra de Dios? ¿Quiénes estaban

viviendo de manera intachable? ¿Quiénes estaban tomando la iniciativa en atender las necesidades de los santos? Es a tales personas que debemos seguir.

Hegeomai también es utilizada en Hechos 15:22 para destacar la cualidad de las personas que la iglesia había elegido para enviar a Antioquía:

Entonces pareció bien a los apóstoles y a los ancianos, con toda la iglesia, escoger de entre ellos algunos hombres para enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé: a Judas, llamado Barsabás, y a Silas, hombres *prominentes* [*hegeomai*] entre los hermanos,

Sería más claro si el texto se tradujera “hombres que *están liderando* a los hermanos”. En otras palabras, no fueron elegidos para liderar, sino que fueron elegidos porque estaban liderando. Les fue confiada una tarea porque ya habían demostrado ser fieles, ya habían servido a los santos, *ya tenían autoridad*.

La misma palabra es también usada en Lucas 22:25-26, donde nuestro Señor dijo a sus discípulos:

Los reyes de los gentiles se enseñorean de ellos; y los que tienen autoridad sobre ellos son llamados bienhechores. Pero no es así con vosotros; antes, el mayor entre vosotros hágase como el menor, y el que *dirige* [*hegeomai*] como el que sirve.

En contraste con los reyes paganos que se imponen con la excusa de buscar el bien del pueblo, los *líderes cristianos* se caracterizan por el servicio.

Liderando con el Ejemplo

En 1 Pedro 5:1-3 encontramos palabras dirigidas específicamente a los pastores. ¿Qué nos dicen?

Por tanto, a los ancianos entre vosotros, exhorto yo, anciano como ellos y testigo de los padecimientos de Cristo, y también participante de la gloria que ha de ser revelada: pastoread el rebaño de Dios entre vosotros, velando por él, no por obligación, sino voluntariamente, como quiere Dios; no por la avaricia del dinero, sino con sincero deseo; tampoco como teniendo señorío [*ejerciendo dominio*] sobre los que os han sido confiados, sino demonstrando ser ejemplos del rebaño.

Más allá de las palabras introductoras de Pedro y el énfasis constante en el servicio *voluntario*, este texto nos deja en claro lo que no debe hacer un pastor y que si debe. Tiene estrictamente prohibido ejercer dominio (enseñorearse) sobre la grey, y está obligado a liderar *a través del ejemplo*. Su influencia en la congregación no la consigue por medio de su título, la gana por medio de su ejemplo. Por eso, es fundamental poner atención a los siguientes textos.

¿Qué hacemos con Tito y Timoteo?

Al hablar de liderazgo en la iglesia, no podemos evitar 1 Timoteo 3 y Tito 1. En ambos capítulos el apóstol Pablo dice que aquellos que aspiran al pastorado deben tener una conducta *ejemplar*. Entre otras cosas, un pastor debe ser:

- Irreprochable
- Marido de una sola mujer
- Un buen líder en su familia
- Con hijos creyentes
- Sobrio
- Prudente
- De conducta decorosa
- Hospitalario
- Apto para enseñar
- Capaz de exhortar con la Palabra de Dios y refutar a los que la contradicen
- Con buena reputación
- Amante de lo bueno
- Justo
- Santo
- Dueño de sí mismo
- No dado a la bebida
- No contencioso
- No avaricioso
- No amante de las ganancias deshonestas
- No obstinado
- No iracundo
- No un recién convertido

Un pastor debe ser un *modelo a seguir* para otros creyentes, un cristiano ejemplar, con una conducta intachable. ¿Para qué cree que están todos estos requisitos? ¿Para que usted llegue a una iglesia local y pregunte por el pastor, se convierta en miembro y luego dicha persona este fuera de su crítica? ¿O más bien para que usted juzgue la conducta de dichos “pastores” y determine si están realmente calificados o no? ¿Quiénes deben juzgar si alguien cumple o no los requisitos? ¿Otros pastores? ¿Su esposa? ¿La iglesia? ¿Ellos mismos? Estoy seguro de que quedarían muy pocos “pastores” en las iglesias modernas si las Escrituras fueran realmente tenidas en cuenta. Además, fíjese como introduce Pablo el pastorado. No lo equipara con un cargo o posición, sino más bien con un servicio (función):

Si alguno anhela obispado, *buena obra* desea. (1 Timoteo 3:1)

Lo que distingue a un pastor no es su poder de decisión sino más bien su servicio. Un pastor toma la iniciativa en enseñar la Palabra a otros cristianos y se preocupa en atender sus necesidades. Es alguien maduro con un carácter digno de ser imitado. No es alguien intocable, inalcanzable ni invencible. Por el contrario, es quien más se sacrifica por el bienestar de los demás. Además, es responsabilidad del individuo reconocer o no a alguien como pastor. Por mencionar un ejemplo, John MacArthur es un pastor muy popular en círculos reformados y bautistas. Él preside una iglesia de más de 7000 miembros. No obstante, eso no significa que yo (desconociendo su vida, testimonio y ejemplo) reconozca o afirme su pastorado. No puedo hacerlo. Por más conocido y aclamado que sea, lo que verdaderamente importa es *su ejemplo*, y es responsabilidad de cada uno de nosotros decidir seguirlo o no. Lo mismo aplica para cualquier pastor de cualquier iglesia local. No estoy obligado a seguir a nadie, ni usted tampoco. Es usted quien debe juzgar su conducta y decidir si ha de seguirlo o no. Recuerde, *el juicio individual precede a la sumisión*.

Alguno podría decir, ¿qué de la ordenación pastoral? ¿está mal entonces “ordenar a alguien al ministerio”? Personalmente, no me parece una mala costumbre, pero no creo que sea un mandato bíblico. Esto siempre y cuando se entienda la ordenación como un *reconocimiento público de la congregación*. Lastimosamente, a menudo se la practica como si fuese un acto mágico llevado a cabo por alguien “embestido de autoridad” (un

pastor ordenado) donde el nuevo “pastor” recibe una autoridad especial. En otras palabras, la ordenación se convierte en un acto ritual que confiere *poderes especiales* al recién ordenado. Esa no es una enseñanza bíblica y dicha concepción debería ser completamente descartada. Lo único que puede hacer cada individuo y comunidad es *reconocer, afirmar, apoyar*, pero nunca dar o embestir de autoridad, como si se tratase de un poder que se pasa de unos a otros.

Ciertamente, hay lugar para la ordenación pastoral, donde la iglesia, luego de una cuidadosa examinación reconoce a un hombre adulto como calificado y ejemplar para la labor pastoral. Incluso, puede optar por sostenerlo económicamente. Pero esto no significa acceder a una posición privilegiada, fuera del ojo crítico. Es *solo un reconocimiento público* del rol pastoral de un miembro de la congregación; lo cual probablemente implique un mayor servicio y un mayor juicio sobre esa persona, ya que hay requisitos específicos que condicionan su reconocimiento público. Aun así, esto no niega que pueda haber líderes que ejerzan un rol pastoral, pero prefieran no llamarse pastores pues, a fin de cuentas, **no se trata de títulos, ni cargos, ni ceremonias de ordenación.** *Se trata de servicio, de una función, un rol, una obra.* El énfasis de la Biblia jamás está en cuidar los privilegios de un grupo, sino en dejar a un lado los privilegios y empoderar a los oprimidos, fortalecer a los débiles, cuidar de los vulnerables y servir a los más necesitados. La obsesión con el título de pastor no es compatible con el cristianismo bíblico.

La autoridad apostólica

La primera generación de cristianos no tenía las Escrituras del Nuevo Testamento. ¿Qué suplía esa carencia? Entre ellos, estaban con vida los escritores y protagonistas del mismo: los apóstoles y profetas de la iglesia primitiva. Los tales eran portavoces del Dios Altísimo, pues Dios confirmaba sus palabras con señales y obras sobrenaturales (Hechos 2:43; 5:12; 2 Corintios 12:12; Hebreos 2:3-4) siendo ellos el *fundamento* del Nuevo Templo: la iglesia (Efesios 2:19-22). Su obra constituyó una pieza única y fundacional en la era cristiana, sin paralelos en la historia de la cristiandad. Por lo tanto, no podemos trazar paralelos exactos entre ellos y los pastores o líderes de la iglesia actualmente. Así que, honramos la autoridad apostólica sometiéndonos a las Escrituras, no esclavizando nuestra voluntad a algún hombre.

Hay algunos pasajes que parecen insinuar que Pablo, Bernabé y Tito tenían autoridad para designar o llamar personas al liderazgo unilateralmente (Hechos 14:23; Tito 1:5). No obstante, debemos interpretar dichos textos a la luz de lo mencionado anteriormente, así como también el resto de las Escrituras. Nunca las decisiones pueden recaer sobre un grupo selecto. La Biblia promueve el liderazgo plural (Proverbios 11:14) y la participación de todos los miembros en la toma de decisiones (Hechos 6:3-6). Es más, la misma palabra traducida como *designar* es utilizada en 2 Corintios 8:19 para referirse a la elección de un hombre por parte de las iglesias para llevar conjuntamente con Pablo, Tito y otro hermano más la ofrenda a Jerusalén.

Y como si esto fuera poco, nuestro Señor, a fin de dejar bien en claro *que clase de autoridad tienen los líderes cristianos*, nos dejó el ejemplo de apóstoles como Pablo, quién no hizo uso de su autoridad para mandonear, sino para servir. En 1 Tesalonicenses 2:5-11 se nos narra:

(...) Nunca fuimos a vosotros con palabras lisonjeras, ni con pretexto para lucrar, Dios es testigo, ni buscando gloria de los hombres, ni de vosotros ni de otros, aunque como apóstoles de Cristo hubiéramos podido imponer nuestra autoridad. Más bien *demostramos ser benignos* entre vosotros, como una madre que cría con ternura a sus propios hijos. Teniendo así un gran afecto por vosotros, *nos hemos complacido en impartiros* no solo el evangelio de Dios, sino también *nuestras propias vidas*, pues llegasteis a sernos muy amados. Porque recordáis, hermanos, *nuestros trabajos y fatigas*, cómo, trabajando de día y de noche para no ser carga a ninguno de vosotros, os proclamamos el evangelio de Dios. Vosotros sois testigos, y también Dios, de *cuán santa, justa e irrepreensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes*; así como sabéis de qué manera os exhortábamos, alentábamos e implorábamos a cada uno de vosotros, como un padre lo haría con sus propios hijos, para que anduvierais como es digno del Dios que os ha llamado a su reino y a su gloria.

Si el apóstol Pablo no usó su autoridad para imponerse ante otros cristianos ni tomar decisiones por ellos, sino para servirlos sacrificialmente, ¿Cuánto más nosotros? La autoridad apostólica, lejos de respaldar las presunciones de muchos hoy día, es ejemplo del liderazgo

basado en el servicio, donde los mayores son los que sirven, no los que son servidos.

¿Cómo luce esto en la práctica? ¿Qué cambios requiere?

En base a todo lo que hemos platicado, espero que al menos haya quedado claro que la autoridad *se obtiene* a través del servicio, *se mantiene* a través del servicio y *se ejerce* a través del servicio. En otras palabras, autoridad y servicio son dos caras de la misma moneda, dos conceptos estrechamente ligados que pueden utilizarse de manera intercambiable. Ahora bien, ¿Cómo afecta esto la vida y práctica de las iglesias locales? ¿Qué está mal con el liderazgo de nuestras iglesias? ¿Qué podemos hacer nosotros como cristianos?

Este modelo de liderazgo supone que la toma de decisiones deje de estar en manos de unos pocos. Debe darse mucha libertad y poder de decisión al individuo. Nadie debe coaccionarlo. Ninguno tiene el derecho de imponer nada a nadie. No hay lugar para “aquí mando yo” ni “debes hacer esto porque yo lo digo”. ¿Qué puede hacer usted hoy mismo?

En primer lugar, no imponga estas ideas a nadie. Intente persuadirlos, ¡Por supuesto! Pero eso no significa coaccionar a otros a creer en ellas. De ser así, estaría convirtiéndose en lo mismo que usted critica. Conviértase en una persona abierta al diálogo, sirva a los demás, valore la libertad y busque el consenso voluntario. Lidere a su familia estando atento a sus necesidades, escuchando y trabajando esforzadamente. No tema contradecir al pastor ni corregirlo. Identifique necesidades en su iglesia y procure servir. Promueva la dependencia de Dios. Ni el pastor ni nadie es indispensable, trabaje por lograr la madurez e independencia de otros, aliméntelos con la Palabra, enséñeles a servir, no les enseñe a acudir al pastor sino a las Escrituras. Enséñeles a valorar el pensamiento crítico.

En segundo lugar, este cambio de paradigma exige comenzar a discutir y abordar estos temas. No tenga miedo, arrójelos sobre la mesa, cuénteles a otros creyentes, discútalos con sus discipuladores, preséntelos a sus pastores, pida argumentos bíblicos y no sea cobarde. Hágalo con amor, pero también con coraje y convicción.

En tercer lugar, debemos entender que cuando nuestros líderes dejan de servir, y su conducta no es ejemplar, ya no debemos seguirlos. Y por más buenos que parezcan, si entienden su rol de liderazgo como gobernar

nuestras vidas, eso no es autoridad sino tiranía. Debemos dejar de apoyar dichos ministerios, no podemos financiarlos ni promoverlos. Esto puede tener muchas ramificaciones y aplicaciones y le toca a usted pensarlas. También es necesario aclarar que cada situación requiere un análisis en contexto. Piense en su situación, juzgue a sus líderes, conózcalos, discierna si son solo ignorantes que necesitan aprender o si en verdad son lobos que solo aman el poder. Ancle su conciencia en las profundidades de las Escrituras, y procure solo proceder en conformidad a su entendimiento de las mismas. Recuerde, es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.

Espero haberle ayudado. Mi intención no es otra que hacerle reflexionar acerca de este y otros temas. Comenzamos un largo camino, hay mucha tela por cortar y muchas páginas por recorrer. Les ruego sus oraciones para continuar escribiendo sobre eclesiología bíblica y poder así defender la libertad que nos dio Cristo para servirnos los unos a los otros.